

Fiesta maravillosa

Por Jaime Guzmán

Mañana amaneceremos con la alegría jubilosa de celebrar la Inmaculada Concepción.

María fue madre sin perder su virginidad, ya que Jesús fue concebido en sus entrañas sólo por obra y gracia del Espíritu Santo. La unión de María con José revistió un carácter místico. Ella permaneció siempre virgen, hasta el fin de su existencia temporal y su inmediata ascensión al cielo en cuerpo y alma.

Sin embargo, la Inmaculada Concepción no se refiere a esa concepción virginal de Cristo en María, como errónea -pero frecuentemente- se cree. La fiesta de mañana celebra otra verdad distinta de la fe cristiana, consistente en que, si bien María fue concebida por el vínculo carnal de sus padres, Ella estuvo exenta de pecado original desde el momento mismo de su concepción en el seno de su madre, Santa Ana.

Todos los seres humanos cargamos con la herencia del pecado original de nuestros primeros padres. Debido a aquel acto de soberbia contra Dios, el hombre perdió su estado de "justicia originaria" con que fuera creado, el cual incluía la impasibilidad y la inmortalidad. Entraron así en nuestras existencias el dolor y la muerte. Nuestra naturaleza caída arrastra desde entonces una inteligencia nublada y una voluntad debilitada, que nos inclinan a discernir o a actuar contra la voluntad y las leyes divinas. El pecado original de nuestros primeros padres es la fuente última de cada uno de nuestros pecados propios, que quebrantan los mandatos de Dios.

Era lógico que, por



aplicación anticipada de los méritos redentores de Cristo, quien sería Su madre fuese preservada del pecado original desde el instante mismo en que Ella fue concebida. De ahí que María tampoco pudiese pecar y que el demonio careciera de poder alguno frente a Ella. Su Inmaculada Concepción se yergue así como sublime maravilla que nos deleita espiritualmente y nos brinda fuerzas insuperables en nuestra diaria lucha contra las inclinaciones hacia el mal.

María no entendió plenamente su misión desde el inicio. Avanzada ya la vida de Cristo, los evangelios registran múltiples episodios en que Ella no comprendía del todo a su Hijo. Pero María había dado un "sí" integral a la voluntad divina, desde que aceptó el anuncio del ángel Gabriel. Y esa entrega total le permitiría ir siendo guiada por Dios a través del sufrimiento, para crecer hasta una plena comprensión del misterio de ser -a la vez- Madre de Dios, de la Humanidad y de la Iglesia, según el propio Cristo le explicitaría desde la cruz.

La devoción a la Inmaculada Concepción, a la Purísima, constituye uno de los mayores dones que Chile ha recibido. María siempre ha unido a los chilenos, desbordando, incluso, diferencias de credos religiosos. Es Reina Coronada de la Patria, bajo la advocación del Carmen.

Dejemos que mañana María inunde nuestras almas, mostrándonos a cada cual nuestro propio camino de perfeccionamiento espiritual, en el silencio que sólo permiten la oración y la vida interior.